

EL CASCABEL

PERIÓDICO POLÍTICO Y LITERARIO

Reparte á sus suscritores cada mes un cuaderno de una historia completa del año, titulada **COSAS DEL AÑO**, que forma un libro sumamente útil y curioso.

9 rs. tres meses; 16 seis, y 30 año en Madrid.

10 rs. trimestre; 18 seis meses, y 34 año en provincias.

DIRECCION
Plaza de Matute, núm. 2.

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS
EN TODA ESPAÑA

ADMINISTRACION
Plaza de Matute, núm. 2.

CONVERSACION.

—Hija, no te he visto en los Bufos desde que se han abierto.

—Mia tú, como que no voy.

—Pues el año pasado no perdías funcion.

—Pero ya ves, como le han hecho marqués á mi esposo, dice que no tenemos que *dir* para que no parezca mal. Ya se ha abonado mi esposo al teatro *rial*. Hija, una tiene que portarse segun lo que es una.

—Anda, anda, para tí es el mundo. A mi marido, como es tan *pusilámile*, no le hacen nada, ni marqués, ni conde, ni nada. ¡Jesus! cuando una se casa con un hombre tan inútil... se queda una retrasada en todo, y no hace una papel ninguno. Todas mis amigas tienen ya tratamiento, y yo no tengo más que el que me da mi esposo, que no es de los mejores.

—¿Dónde estuvo V. el domingo, doña Matea, que la ví á V. con tanta cola arrastrando por la Carrera de San Jerónimo?

—Hija; estuve en las Córtes.

—¿La han hecho á V. diputada ó cosa semejante?...

—No, señora; pero un amigo de Becerra, que es pariente de mi marido, nos dió unos billetes, y fui con mi sobrina.

—¿Y estuvo bien?...

—Sí, señora, mucho señorío habia; y estuvimos muy *orsequiadas* por los diputados, lo cual que al salir D. Amadeo pasó junto á nosotras, y se quedó mirando á mi sobrina, y luego le habló al oído á un señorón que iba á su lado... Mi sobrina se puso muy colorada; pero yo le miré de arriba abajo, como diciéndole: ¡Te veo!...

—¿Y qué dijo en el discurso?...

—Mire V., no puse atencion, porque estuvimos distraidas con los diputados, que nos echaban piropos... ¡Jesus! los hay más atrevidos y capaces de comprometerla á una... Le digo á V. con verdad que si hubiera estado allí mi es-

poso se habria perdido; él, que tiene celos hasta de su sombra. No le digo á V. más sino que uno me preguntó las señas de mi casa, y mi sobrina tuvo que ponerse muy seria con otro.

—Pues, hija, yo creí que los diputados serian muy graves, y muy formales, y muy estirados.

—¡Cá! No, señora, son muy llanos... allí habia uno que nos hizo reir á careajadas con lo que decia de los ministros y de D. Amadeo...

—En fin, que se divirtieron Vds.

—Sí, señora; más que en una comedia.

—Señor cura, ¿ha recibido V. hoy papeles de Madrid?

—Sí; aquí tengo *La Esperanza*.

—¿Trae el discurso de D. Amadeo?

—Sí.

—Diga V., ¿y qué dice?

—Que todo va muy bien; que hay paz, orden, libertad y bienandanza. Se lo voy á leer á V.

—No; si no dice más que eso, no me lo lea V., porque todo eso no va con los maestros de escuela como yo.

—Es verdad, de los maestros de escuela no dice nada.

—No es raro; despues de tanto tiempo que estamos sin comer, considerarán el gobierno y D. Amadeo que todos hemos muerto.

—En verdad que sólo por un milagro divino están ustedes vivos los que tienen esa profesion, ó sea ese modo de morir.

—La Providencia nos sostiene para vergüenza de los gobiernos revolucionarios.

—Lo malo es que ellos ni se pican ni se corren.

—¡Jesus! ¡qué jóven! ¡es un diablo ese mozo!...

—Pues, sí, señora, él trata mal á su pobre mujer, que es mucho mejor que él; persigue á cuantas ve; no respeta ni estado ni edad; pasa las noches fuera de casa; tiene no sé cuántos arreglitos; en fin, señora, es un peine que ni de encargo.

—¿Y quién es ese de quien hablan Vds.?...

—Un majadero.

—¿Le conozco yo?

—Sí, señora; todo el mundo le conoce.

—Pero ¿cómo se llama?...

—Se lo diré á V. al oído...

—¡Ah! ya lo creo, el mocito es una alhaja, y no tiene el diablo por donde desecharle. El es vicioso; él no tiene nada de Salomon; él es avaro...

—Vamos, es una plaga.



—¿Ha leído V. la hoja publicada por Puig y Llagostera?

—Sí, señor, la he leído con mucho gusto.

—Me han dicho que en ella se declara alfonsino.

—Sí, señor: convencido de que esto no tiene compostura, vuelve los ojos á lo único que con el apoyo del país no político y con un gobierno de hombres de saber y de experiencia, patrióticamente unidos para aliviar los males de la nación, puede restablecer el orden, el crédito y la paz.

—Creo que desea una dictadura.

—Sí, señor: ansioso de que se corten los abusos de la política y la administración, cree que la dictadura es el único medio para hacer entrar todo y á todos en orden y dar á cada cual lo que le corresponde.

—Eso ofrece, sin embargo, dificultades.

—Lo mismo creo; pero no hay que fijarse en ese detalle del escrito del fabricante catalán. Lo importante es que hombres independientes que no buscan destinos, que no hacen de la política un medio de propio engrandecimiento, vayan convenciéndose de la verdad, y desengañados de la revolución, comprendan la iniquidad que se cometió con el príncipe Alfonso, inocente de cuanto ha pasado en España, y que habría podido evitar, si hubiera sido aclamado rey hace cuatro años, todo lo que ha sucedido después, ahorrando á España mucha preciosa sangre y muchísimo dinero derrochado por los gobiernos revolucionarios, como lo acredita la enorme cifra á que en esos cuatro años ha llegado la Deuda pública.

—Pues, amigo, yo he oído hablar pestes de Puig y Llagostera porque ha publicado esa hoja.

—No lo extraño; en estos tiempos de libertad, los que se precian de liberales son más intransigentes que los mismos absolutistas.

—Digan lo que quieran, si en España no nos hemos vuelto locos todos, más temprano ó más tarde esa ha de ser la solución.

—Y después de todo, los revolucionarios de nadie deben quejarse si la situación por ellos creada no se sostiene; hubieran gobernado bien, hubieran dado al país la paz, la abundancia, la moralidad, la legalidad, y todas las bellezas que prometieron, y no habría medio de destruir una situación en la que se vieran palpables inmensas ventajas y grandes beneficios. Los partidarios de la república, de D. Alfonso y de D. Carlos, no hubieran tenido en ese caso más remedio que bajar la cabeza y aceptar los hechos consumados, toda vez que el país, en general, prosperaba y se engrandecía.

—Es verdad.

—¿Ha sucedido todo eso?

—No, señor.

—Pues entonces, los ajenos á la política que desean el reinado de D. Alfonso, los que prefieren á D. Carlos, y los que piden la república, están en su derecho legítimo é incontestable diciendo muy alto cuáles son sus aspiraciones.



—Vamos, ¿y qué te ha parecido el Congreso?...

—Chica, muy bien. Dan agua con azucarillos, y no la cobran. Rivero me envía todas las tardes unos caramelos, y las cartas las podemos echar sin sello.

—¿Y no has hablado todavía?...

—Mujer, aún no ha llegado la ocasión. No sé si me atreveré, porque hoy no he tenido más que decir que sí, y cuando me levanté á decirlo, parecía que me iba á dar un accidente. Pero ya me soltaré.

—A ver si me traes unas papeletas para ir á verte.

—Mañana, mañana irás.

—Me pondré escotada y de manga corta, y llevaré todas las alhajas. ¡Ay! á ver si ahora que has salido diputado te dan algo y podemos salir de apuros.

—Para eso me he metido á radical.

—A ver si volvemos allá marqueses, y tú de gobernador, y el chico de secretario, y colocamos á toda la familia.



—¿Qué hace V. por acá, D. Serapio?...

—Nada, hombre, metido en casa.

—Yo le hacía á V. de viaje, como siempre.

—Dios me libre.

—V. tan aficionado á viajar...

—Ya me he curado. No quiero que me peguen un tiro, yendo en el tren, ni hundirme con el tren en un puente, ni chocar con otro tren, que á mí no me gusta chocar con nadie, ni que me secuestren, ni que me abran el equipaje, ni que me detengan los carlistas, ni que me lleven los demonios que andan sueltos por toda España.

—En verdad que son estos tiempos de desgracia.

—Sí, señor; en casita es donde se está algo más seguro.

—Hasta que se arme la gorda.

—Entonces será una danza general como en *Barba Azul*.



—¿Sabe V. la novedad, doña Mariquita?...

—Si V. me la dice...

—Pues mi hija puede que se case.

—¡Ay! ¿y con quién?... ¿Con algun bailarín?...

—No, señora, con un *senior*.

—¡Jesus!... Señora, ¿y cómo ha sido eso?...

—Pues nada, que la ha visto en *Barba Azul*, que ya sabe V. que sale mi hija tan guapa con aquel traje... y el hombre nos ha esperado á la salida seis ó siete noches, lo cual que siempre nos convida á café *á té* con tostada, y en fin, que está perdido por la chica. Yo, como V. puede conocer, le he preguntado cuáles eran sus intenciones, y lo primero que me dijo que él no es un *cualquiera*, sino un *senior*. Ya ve V., un *senior*, un hombre de viso, de responsabili-

dad... Conque la chica está muy contenta, y le llama su *Barba Azul*.

—Vaya, pues que sea para bien.

—Y yo que me enfadaba porque salía la pobre con las piernas tan á la vista... Si no hubiera sido por eso, ¿cómo habíamos de haber conocido á esa persona?... ¡Jesus! estoy muy contenta. Figúrese V. que ántes de mucho puede que nos tenga que llevar á Palacio, porque estará en el orden que á todos los actos de etiqueta lleve á su mujer y á su suegra!

—Es natural.

—Hija, bien me dijo el que vino á buscar á la niña para salir en *Barba Azul*, que puede que hiciera su suerte.

CONTESTACION AL DISCURSO DE LA CORONA.

SEÑOR:

He tenido la paciencia de leer el discurso, ó cosa así, que V. M. tuvo la calma de pronunciar el otro día en el Congreso, y aunque no soy diputado, de lo que me alegro mucho, ni senador, de lo que me alegro más, como quiera que esos diputados y senadores á quienes V. M. se dirigió en su discurso, dicen que representan al país, y yo me considero, bien que el más humilde de todos, un paisano de ese país, creo que estoy en lo justo suponiendo que también se dirigía á mí V. M.; y en esta atención, me atrevo á acusar recibo del discurso y á contestarle con aquella claridad propia de mi carácter, y con aquella templanza y cortesía con que V. M. merece ser tratado, por su cualidad de extranjero y por la posición que ocupa, aunque contra mi gusto, si he de hablar en puridad.

V. M. se alegró de verse entre aquellos señores radicales, y así se lo dijo al empezar su discurso; no me opongo, por cierto, á que V. M. tenga una satisfacción en verse tan bien acompañado, pero no le alabo el gusto á V. M., aunque conozco que no tiene otro remedio V. M. que tratar con los radicales y estar con ellos á partir un piñon, como quiera que son los únicos que le sostendrán, porque á ellos les conviene, y harán todo lo posible por conservarse en el deleitoso goce del codiciado Presupuesto.

Estamos, según dijo V. M., en buenas relaciones con las naciones extranjeras. Mire V. M., no nos faltaba más que estar mal con alguna nación extranjera, después del jaleo que tenemos dentro de casa.

V. M. se duele de que esas relaciones no sean cordiales con el Sumo Pontífice; pero á bien que, según se desprende del discurso, él se tiene la culpa; ¿tenía más el buen señor que dar las gracias al papá de V. M. por sus servicios, y aprobar todo lo que la revolución italiana y la española han hecho contra el clero?... Ya ve V. M., á él, ¿qué le importa el clero?... Nada, nada; le está bien empleado que V. M. le dé esa leccioncita en el discurso, y es seguro que cualquier día, reconociendo la alta sabiduría de los ministros de V. M. envíe á Mártos una esquelita diciéndole que se ha hecho radical y que desea ser cabo de la milicia nacional, á las órdenes del marqués de Sardoal.

Manifiesta V. M. hallarse contento de las muestras de adhesión que le han dado mis paisanos en su viaje de verano. Vamos, me alegro; el que no se consuela es porque no quiere. Una de esas muestras de adhesión será, sin duda, aquella arenga que le echó á V. M. el alcalde republicano de la Coruña, ó la del de Santander, que también es federal por lo fino. Pero, en fin, cuando V. M. dice que está satisfecho de lo que le amamos, será verdad; por mi parte debo decir que puede que le ame á V. M., pero, francamente, no lo había conocido.

La que me ha gustado es la noticia de que casi se ha restablecido la paz en España. Pero, ¿no le choca á V. M. que, habiéndose restablecido casi la paz, muéran en Cataluña jefes, oficiales y soldados del bizarro ejército español, y los pueblos tengan que pagar contribución á los carlistas, y el suave Saballs lleve 700 hombres á sus órdenes, y el Tremendo pasee tranquilamente por el monte y la llanura, y á la invicta Gerona le pida el primero de los citados cabecillas 10.000 duros para hacer boca?... ¡Por Dios, que me gusta á mí el casi restablecimiento de la paz de que nos habla V. M.! y pienso que para enterarse de si es cierto lo que le han hecho decir sus ministros, debía dirigirse á hacer una visita á la provincia de Tarragona, y á la de Gerona, y á la de Lérida, y á alguna de las de Castilla, y tener una entrevista con los jefes carlistas, á quienes probablemente convencería de que rey mejor que V. M. no le han de hallar en ninguna parte, y como corderos se vendrían en pos de V. M., dando vivas á Baldrich y á Escoda, y por supuesto á Zorrilla y al Sr. Rivero, y al mismísimo Figuerola.

También lo de la isla de Cuba toca á su término, lo cual no nos extraña porque hace cuatro años que á su término está tocando aquello. Esta cuestión, señor, es *la mar*, y creo yo que hay mucha gente interesada en que aquello no concluya, aunque España sufra horrible daño mientras dura tan vergonzosa é inicua rebelión de los hijos ingratos de la patria.

V. M. nos habla también de la Hacienda, y se promete felicidades de la gestión de los *espíritus alentados y serenos* que andan en el asunto. Esto de la Hacienda no tiene más que un remedio, y yo se lo voy á decir en confianza á V. M. Este remedio es el siguiente: que V. M., en su deseo de hacer nuestra ventura y adquirir verdadera popularidad, que si la adquiriera, influya con el augusto padre de V. M. para que él se encargue de pagar la deuda de España: ¿y qué menos podría hacer un padre por su hijo?... Propóngale V. M. este arreglo á su señor padre, y no dudo que á correo vuelto vendrá el dinero para enjugar nuestro déficit y nuestras lágrimas, que las derramamos como puños al considerar cómo nos ha puesto de entrampados la gloriosa revolución de Setiembre.

De lo del arreglo del clero nada diré á V. M., porque ya sé que todo eso es hablar. Al clero y á los maestros de escuela ya los han arreglado los gobiernos de V. M., dejándoles comerse los codos; y á seguir así, pronto dejarán de estorbar á la radicalería esas dos clases, pues no quedará uno vivo que lo cuente.

No me ha parecido mal que dé V. M. un poco de jabon

al ejército y á los voluntarios. Uno y otros vienen dando pruebas de paciencia y prudencia, y es justo que se les agradezca. Promete V. M. que se van á abolir las quintas y las matriculas de mar, y no lo extraño. El gobierno de V. M. es capaz de abolir hasta el modo de andar; pero me parece que eso de la abolicion de las quintas será al fin y al cabo como la de los consumos y otras aboliciones, que ya sabemos que los liberales, ahora radicales, son tan largos en prometer, como cortos en cumplir.

Termino asegurando á V. M. que me ha enternecido lo mucho que se interesa V. M. por la instruccion de la juventud. Aquello de dar á la tierna juventud el pan del alma, me ha hecho llorar abundantemente, y más que yo habrán llorado los pobres maestros de escuela, que son los que realmente dan ese pan del alma, considerando que ellos no tienen el pan para sostener el cuerpo en esta mísera vida.

Señor, V. M. tendrá muy buenas intenciones, y creo yo que se alegraría de que todos estuviésemos satisfechos, y con mucho dinero en el bolsillo, y todo lo que quisiéramos; pero crea V. M. que ya no nos hacen efecto los discursos regios que tanto le hacen prodigar á V. M. sus ministros, y que esto no tiene remedio, y que todo lo que se puede contestar á cada uno de los discursos que V. M. nos dirige en las Córtes, es una frase gráfica que aquí usamos, y que dice á la letra:

NI POR ESAS.

V. M. me perdone, y consérvese bueno, y vuelva á dejarse las barbas, que le sentaban muy bien; diviértase lo que pueda en compañía de sus radicales, y que no haya novedad.—X. X.

EL GUAPO FRANCISCO ESTEVAN

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

(Continuación)

—Este es un negocio que se lo ha llevado el diablo, marqués, dijo irritado el conde, y vos teneis en gran parte la culpa; no debiais haberla advertido; en fin, Dios ó el diablo dirán: yo vuelvo á salir para ver si obtengo alguna noticia.

Y el conde salió de nuevo.

Aún no haria una hora que habia salido, cuando un criado anunció al marqués de Castro-Ponce una visita de su amigo el capitán de navío D. Francisco Estévan.

EL PRESTAMISTA (1)

Mucho se ha discutido acerca de los empréstitos de todas clases y formas.

Los legisladores le han dedicado sus ocios, los políticos, sus vigiliás, los economistas sus esfuerzos.

Los poetas, más felices, han cantado sus excelencias bajo el punto de vista de la práctica, y la deuda individual ha encontrado su disculpa en las deudas nacionales.

Sin embargo, en esta como en todas las cuestiones humanas, aún no se ha pronunciado la última palabra.

Y eso que el asunto se presta y que el progreso en esta cuestion es evidente.

Nuestros abuelos prestaban sobre su palabra.

Nuestros padres sobre su firma.

Nosotros prestamos sobre alhajas y ropas en buen uso.

Nuestros hijos prestarán acaso sobre la honra.

La sociedad humana, conforme envejece, se va volviendo desconfiada, y dentro de poco pertenecerán los préstamos á la historia.

La usura, que es una señora muy respetable, desaparecerá indudablemente, y muy pronto, de la tierra en que habita, y entónces el hombre ignorará lo que son pagarés, recibos simples y juicios consentidos.

Pero mientras esto no suceda, en tanto que el hombre al huir del *Scylla* del hambre tropieza con el *Caribdis* del préstamo, este disculpará graciosamente que se escriba acerca de él, tanto más cuanto que cualquier artículo que motive será de circunstancias.

Para hablar del préstamo no hacen falta además gran-

(1) Forma parte este artículo de un libro que va á publicar el Sr. Ossorio y Bernard.

CAPÍTULO XIII

¿Quién engaña á quién?

I

—¡Ah! ¿Conque nuestro hombre ha venido? dijo el marqués. ¿Sabrá que se ha registrado su casa y que se ha pretendido registrar su barco? Veremos.

Y dió orden de que introdujesen en el estrado á Francisco Estévan.

Cuando llegó el marqués, nuestro héroe se paseaba por el mismo salon, de grande uniforme, con las manos atrás y ea ellas un rico sombrero de tres candiles galoneado de oro y guarnecido de plumas negras, y con la cabellera profusamente empolvada, y peinado á la moda de aquel tiempo.

II

Francisco Estévan sabia, en efecto, que su casa habia sido registrada, y que se habia pedido autorizacion para registrar su barco, lo cual habia sido negado.

Se le habia asegurado tambien sonriendo, por el ca-

des conocimientos; basta dejar correr la pluma por el mundo de los recuerdos ó asomarse el escritor al espejo.

Todos hemos prestado: todos hemos solicitado préstamos.

Es asunto, por consiguiente, que á todos nos es muy conocido, aunque no á todos nos sea muy simpático.

Desde el infeliz cesante, que pide, sombrero en mano, se le preste medio duro para comer, hasta la encopeta á dama de la aristocracia que dispensa á un usurero la honra de acordarse de él para pagar su abono en el teatro, todos pedimos prestado.

Desde el que presta á real por duro á la semana, hasta el millonario que figura como acreedor á los presupuestos de los grandes imperios, todos prestamos.

Y si dejamos los préstamos efectivos por los imaginarios, veremos que más fácil es prestar un duro que prestar atención á las palabras de un necio, prestar oídos á la murmuración, prestar belleza al vicio, prestar calor á lo que ha dejado de existir.

Pero el hombre, que con nada se satisface, ha querido ser también objeto del préstamo, y se presta diariamente á vilezas sin cuento.

Los usureros de oficio han motivado largos y bien meditados trabajos literarios, y la ciencia, que diariamente adelanta, acaba de comunicarme respecto á ellos curiosos análisis, detalles interesantes en sumo grado.

Un reputado naturalista ha descubierto que participan del hombre y la garduña, y pretende hacer de ellos una clasificación especial.

Un físico afirma que tienen igual peso específico que el del oro que guardan.

Un químico no ha podido encontrar para estos seres otro disolvente que el agua regia.

pitán del puerto, que su barco no se registraría por la sola acusación de un viejo disoluto, que estaba muy mal opinado en Cartagena.

—Si se registrase mi barco, dijo Francisco Estévan, que no sabía mentir, se encontrarían en él á mi esposa.

—¿A vuestra esposa?

—Sí.

—¿Y os habeis casado sin real licencia?

—Y sin licencia de nadie.

—Pues callaos, callaos, porque si, como supongo, os habeis casado con la hermosísima doña Claudia, lo habeis hecho contra el viento y la mar, y esto podría echaros á pique.

—Me he casado, como he podido casarme.

—Pues bien, mucha discreción, mucha reserva.

—El asunto ha pasado entre mi capellán y mis tripulantes, y ellos guardarán el secreto.

—Pero vos no le guardais.

—Sí, le guardo, cuando le confío á un hombre de honor como vos.

—Bien, bien: pero á salir de lo presente como se pueda, á hacer otra nueva hazaña, y á pedir en seguida el indulto de lo que habeis hecho al rey y la absolución á la Iglesia.

Un mecánico asegura que no hay aparato capaz de extraer de ellos un átomo de caridad.

Un frenólogo ha encontrado en un ejemplar de la especie un órgano solo: el de la adquisitividad.

Un anatómico asienta la doctrina de que es el único ser que no cuenta entre sus vísceras el corazón.

Los filósofos materialistas los citan con repetición para demostrar que el hombre no tiene alma.

¿Y cómo existen entonces? preguntará el curioso lector.

No sabré responder á dicha pregunta; pero que existen es indudable.

¿Dónde y cómo?

En la Edad Media se ocultaban bajo la túnica judaica, según nos dicen todos los novelistas, desde Walter Scott hasta los que nos dan sus obras á cuatro cuartos la entrega.

En época más reciente forman gremio, queriendo competir con la benéfica institución titulada Monte de Piedad, y prestan dinero *sobre* alhajas.

Ya en nuestros días, constituyen sociedades, bancos y otros excesos; adquieren propiedades; usan guante de Dubost y frac de Muñoz y Moreno; pasean en *landó*; asisten á los juzgados por la mañana acompañando á sus víctimas, que suelen ser viudas regularmente, y por la noche al casino y al Real.

El tipo del usurero ha degenerado, desde el arqueológico amontonador de ochavos hasta el flamante derrochador de onzas.

En cambio el de la víctima sigue estacionario, representando en el mundo, cuyo activo movimiento no se paraliza nunca, el único papel pasivo: la personificación gráfica de la inercia.

En vano se hunde el imperio romano; en vano descubre

—Eso pienso.

—Pues á la mar, D. Francisco, á la mar, y sobre la costa de Africa.

—Necesito ir ántes á casa de *mi buen tío* político.

—¿Y para qué?

—Para pedirle cuenta de por qué me ha denunciado como el raptor de su sobrina.

—¡Diablo! muy bien pensado; así desorientareis á todo el mundo.

—Pero vos declararéis un día, dijo Francisco, como lo declararán mi capellán y mis tripulantes, que yo estaba ya casado con mi doña Claudia cuando yo pedía cuentas á su tío.

—Ciertamente: el honor de vuestra esposa, el vuestro, quedarán perfectamente á cubierto.

—Y yo espero, amigo mío, que mañana todo el mundo encontrará, no ya natural, sino necesario, que mi esposa haya huido de la casa de su infame tío y se haya amparado de mí.

—¡Os tengo envidia, bribón! exclamó sonriendo el capitán del puerto y estrechando la mano á Francisco: sea una y mil veces enhorabuena; pero á concluir y á Africa: dadnos pronto un nuevo espectáculo de vuestro bergantín empavesado con cadáveres de piratas.

(Se continuará.)

Colon un Nuevo-Mundo; en vano cruza los aires Montgolfier, y Daguerre retiene en el cristal la imagen humana, y el cable telegráfico une á Europa y América, y Monturiol navega bajo las olas en competencia con los besugos; el deudor conservará su tipo, sus modales y sus tradiciones.

El usurero, sin embargo, no es un delincuente vulgar: tiene un cómplice eficaz y poderoso. ¿Quereis saber cuál es? Pues no acudais en su busca al gabinete del sabio que dedica su vida á investigar la causa de los males del hombre; no preguntéis por él al misionero que en abrasadas zonas clava la Cruz del Redentor del hombre; no queráis encontrarle bajo las tocas modestas de la hermana de la Caridad, ni en el pecho del mortal que se lanza al agua ó al fuego para librar á su semejante la vida. Buscadle junto á la mesa de la orgía, en los salones brillantes, bajo el tapete verde de la mesa de juego.

Buscadle, y sabreis que es *el egoismo*.

Y si quereis aplicarle un castigo; si no tratáis de hacer inútil su hallazgo, pensad en los miserables que piden pan, en los abandonados que piden cariño y en los ignorantes que piden instruccion.

CASCABELITOS

—¿Conque tanto quiere V. á la niña?

—Sí, señora, desde que la vi la otra noche en la galería del teatro Martín, no pienso mas que en ser su dueño.

—Y V., ¿qué profesion tiene?

—Diré á V., profesion mayormente no tengo ninguna, pero soy senador radical.

—Pues, hijo, no le conviene V. á mi hija. Quiero que se case con quien tenga una carrera, una industria; en fin, con quien sea algo.

—Pero, señora, un senador...

—Calle V., hombre, ¿y qué es eso?

Parece que se trata de resucitar aquel proyecto de que los diputados tengan dietas, es decir, sueldo mientras sean diputados.

¡Qué angelitos! ¡ya les daría yo una dieta buena! De fijo que se les quitaban las ganas de venir á hacer papelón y darse lustre.

Becerra no sólo ha salido elegido diputado, sino *senaor* tambien.

En la primera eleccion que haya de Papa, no dudo que saldrá elegido Becerra.

Dijo Ruiz Zorrilla en su arenga á los *senaores* y *députaos*, que él era dinástico del señorito por gratitud.

Convenido, y hace muy bien el Sr. de Ruiz en ser agradecido; pero como el país no está en el mismo caso, y no

le debe nada al señorito, por eso el país, en su inmensa mayoría, no es dinástico del señorito.

Digo, me parece á mí.

Todos los padres hacen á los niños en la feria algun obsequio. El mejor que les pueden hacer, más útil y duradero que un juguete, es una suscripcion á *Los Niños*, ó comprarles alguno ó algunos de los tomos publicados.

En nuestra Administracion pueden examinar detenidamente, y nos harán mucho favor, esta bella publicacion indispensable para la infancia y la juventud.

Dice un periódico que el gobierno tiene planes horribles de destruccion si llega á alterarse el orden en Madrid.

No nos fiamos mucho de ciertos revolucionarios llenos de soberbia y déspotas más que Calomarde; pero no podemos creer que el rey extranjero consintiera que el gobierno sembrase el luto y la desolacion en Madrid con esa crueldad que indica el colega á que nos referimos.

Seria eso lo único que les faltaria hacer á los revolucionarios que tanto se [han quejado cuando otros gobiernos los perseguian con justa razon.

Pronto empezarán las funciones en el teatro del Circo.

Muchas y buenas obras tiene el Sr. Catalina, y todo hace esperar que hará, como siempre, una brillante campaña honrosa para el arte y para él.

Floja polvareda ha levantado *El Correo Militar* con la revision que pide de las hojas de servicio.

Los que las tienen presentables quieren la revision, pero los que las tienen un poco oscuras, dicen que no hay que empujar.

Sin embargo, la idea va ganando muchas adhesiones, y la cosa va á dar que hacer.

Ya han comenzado las ferias.

Hay gran abundancia de muebles y trastos radicales, muchos retratos del rey de frente y de perfil, muchos folletos de los que se han escrito desde la revolucion acá con motivo de las mil y una cuestiones propias de las diversas situaciones por que hemos pasado, y muchísimas chichas.

Pero no dejen Vds. de ir y comprar algo, para que los pobres vendedores ganen un pedazo de pan.

Por un juzgado se cita á un señor que fué portero del ministerio de Fomento para responder á los cargos que le resultan en causa que se le sigue por haber afanado 21 escribanías de plata.

¡Digo! ¡si tendría que escribir el hombre!

Balaguer ha estado el otro día á visitar á D. Amadeo y su señora.

¿No les diría si han parecido los paquetes de *Los Niños* que se perdieron cuando él era director de correos?

Tambien dijo el Sr. de Ruiz en su arenga, que hace pocos años se llamaba anarquía á la idea democrática, y luego fué aceptada por los mismos que perseguian y fusilaban á los demócratas.

Esto lo diria por su compañero el consecuente radical general Córdova.

Y Vds. perdonen el modo de señalar.



Presidente del Senado el gran hacendista Figuerola.

Es un digno presidente del Senado radical.

Segun dijo la otra noche cuando le dijeron que le iban á nombrar eso, él sólo trata de llevar á término dichoso la obra revolucionaria.

Eso queremos todos, que tenga un término dichoso, que será cuando los revolucionarios vuelvan á la oscuridad, de donde nunca debieron salir.



Dijo la otra noche el Sr. de Ruiz, hablando de su compadre Figuerola, que deseaba que este fuese más estimado por sus amigos y ménos atacado por sus adversarios.

Señores, obediencia,

Zorrilla lo mandó:

¡Que viva Figuerola!

¡Cantemos en su honor!



Floja arenga les echó Ruiz Zorrilla á los *seniores* y *deputaos* la noche del domingo. El hombre no pudo disimular lo contento que está en su puesto y lo satisfecho de que no hay mejor gobierno que el suyo.

¡Si estaria entusiasmado que dijo que moriria á las puertas de Palacio en defensa del señorito!...

¡Que pruebe el señorito á reemplazarle, y ya verán ustedes cómo se le baja el entusiasmo á D. Manuel!



En el circo de Paul ha comenzado á funcionar una compañía bufa muy buena.

La primera obra estrenada, que se titula *Mambrú*, es muy graciosa, no tiene desvergüenzas, y está acompañada de música agradabilísima del Sr. Acebes.

En resumen, los *Bufos* en el circo de Paul empiezan bajo los mejores auspicios, y lograrán gran favor del público si continúan como han empezado.



Dijo en su arenga á los *seniores* y *deputaos* el Sr. Zorrilla, que sin la dinastía de D. Amadeito no eran posibles la paz ni el orden.

¡Ole con ole! ¡Conque hemos estado sin paz y sin orden hasta que ha venido el señorito?... No, y eso sí, hay una paz y un orden... Díganlo los heridos en la guerra, ya que los muertos no lo pueden decir... Díganlo los pueblos que se ven obligados á pagar contribucion al señorito y á don Carlos, y en fin, digalo el país entero, que vive de milagro.

Pero, señor, ¡que le pongan á un hombre tan ciego la soberbia y la presuncion!



Recomendamos á los empleados de Aduanas el *Tratado de Geografía física, histórica y comercial* que acaba de publicar el Sr. D. Antero L. Montero, del cuerpo pericial de Aduanas.

Es una obra utilísima, que demuestra la laboriosidad y grandes conocimientos del autor.

Así debian ser todos los empleados.



El Motin contra Esquilache es una zarzuela bien escrita y con buena música, pero no ha satisfecho al público. Le faltan interes y situaciones musicales.

De los actores que la representan, sólo se puede hacer mencion del barítono Manini, buen cantante y buen actor.



El Español comenzó la campaña.

Cumplir con su obligacion ha gustado mucho, lo cual es raro, ahora que tan poco gusta, generalmente, lo de cumplir con su obligacion.

Las señoras Boldun y Dardalla, muy bien.

El Sr. Vico hará mejor otras obras, y lo mismo digo de los demas.



Barba Azul sigue su carrera triunfal.

Todas las noches lleno el teatro y lleno el cajon del despacho.

Rivas ha gastado mucho, pero lo recobrará.

La Pinchiara cada vez más sublime.



El mes próximo, sin falta, regalaremos á nuestros suscritores que renueven ántes su abono el *Almanaque de El Cascabel* para 1873, con grabados.

Será uno de los mejores y más completos almanaques que se publiquen este año.



Con el número de hoy se reparte la entrega correspondiente de *Cosas del año*.



Las fiestas de la Merced en Barcelona van á ser brillantísimas este año.

Habrá exposiciones marítimas y de bellas artes, magníficas iluminaciones, y todo género de distracciones, funciones y emociones.

Buena ocasion para ir á Barcelona por poquísimo dinero.

Mucho siento yo no poder ir á visitar este año, como el pasado, á los honrados y laboriosos catalanes.



Pero, hombre, apénas tocan á fuego, D. Amadeo se pone el uniforme y sale á verlo.

Esto es pasmoso.

El otro día estuvo, según dijo la *Correspondencia*, á tres metros del fuego que hubo en la calle de Leganitos.

Ni Guzman el Bueno, ni el Cid.

Leo en *La España Constitucional* que un diputado tiene una causa criminal en un juzgado de esta corte, que otro ha sufrido seis años de presidio por monedero falso, y que otro estuvo complicado en la célebre causa de la calle de la Justa.

Pues, señor, si todo eso es cierto, rasgos de esa naturaleza no necesitan comentarios.

Zorrilla dijo el otro día en las Cortes que esta situación ha de durar mucho.

Y Coronel y Ortiz, el hijo político del gran Becerra, le aplaudió con entusiasmo.

Nada, estos revolucionarios han creído que el país es suyo, pero ya darán la gran caída.

Entre tanto, atracaos, hijos.

En las noticias de Turquía de un periódico extranjero leo lo siguiente!

«En vista de la negativa de Mahmoud-bajá á presentarse ante el Consejo de ministros para sufrir un interrogatorio sobre empleo de fondos, el ex-gran visir ha sido conducido á la fuerza por la autoridad.»

¡Hasta en Turquía se hila más delgado que aquí!

Aquí el que distrae fondos, si es hombre político, se distrae con ellos, y le hacen muy buen provecho.

Pero, hombre, los vecinos de la calle de Campomanes están furiosos con el Ayuntamiento.

Y con razón, eso sí, porque su calle es la más abandonada de Madrid.

Ni hay luz, ni vigilancia, ni aceras, ni empedrado; en fin, está la calle en un estado radical.

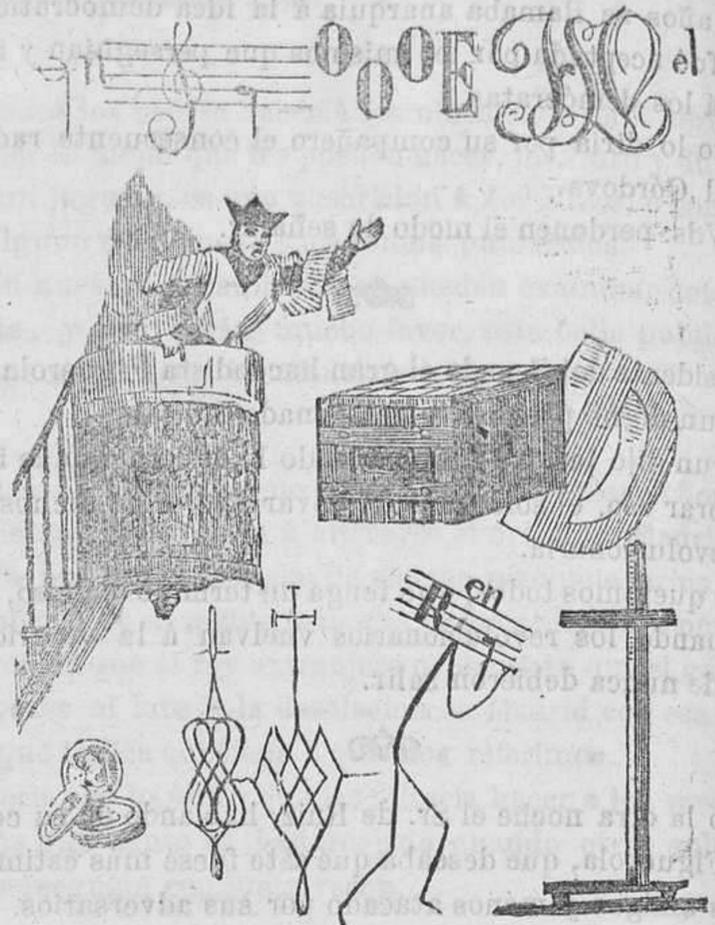
El Sr. Galvan, que es un excelente fabricante de sombreros, ha escrito y publicado un curioso *Manual del sombrerero*, que recomiendo á todos los que se dedican á ese honroso oficio.

Felicito al Sr. Galvan, que tan utilmente emplea el tiempo en bien de sus compañeros de profesion.

SOLUCION DEL JEROGLIFICO ANTERIOR.

Cuentan de un corregidor nada bobo,
Que siempre que al buen señor delataban muerte ó robo,
Atajaba al escribano que leía la querrela,
Diciéndole, al grano, al grano, ¿quién es ella?

JEROGLIFICO.



(La solución en el número próximo.)

OBRAS DE VENTA

EN LA ADMINISTRACION DE **EL CASCABEL**,
Plaza de Matute, 2.

Máximas morales autógrafas de los más eminentes autores contemporáneos, escritas por D. Juan Eugenio Hartzenbusch, D. Aureliano Fernandez Guerra, D. Pedro José Pidal, D. Manuel Tamayo y Baus, D. José María Fernandez de la Hoz, D. Manuel Cortina, D. Antonio Flores, D. Tomás Rodríguez Rubí, D. Antonio Cánovas del Castillo, Fernan Caballero, D. Ramon de Campoamor, D. Manuel de Seijas Lozano, D. Modesto Lafuente, D. Antonio de Trueba, D. Eugenio de Ochoa, D. Cándido Nocedal, D. Antonio Ros de Olano, D. Cayetano Rosell, D. Manuel Breton de los Herreros, D. Manuel Silvela, el conde de San Luis, el marqués de Molins, D. Antonio de los Rios y Rosas, don Eulogio Florentino Sanz, D. Miguel Agustín Príncipe, don Isaac Nuñez Arenas, D. Mariano Carderera, D. Leopoldo Augusto de Cueto, D. Manuel Cañete, D. Antonio Ferrer del Rio, doña Gertrúdis Gomez de Avellaneda, doña Angela Grassi, D. Salustiano Olózaga, D. Angel Fernandez de los Rios, D. Juan Martínez Villergas, D. Ventura Ruiz Aguilera, D. Antonio Aparisi y Guijarro, D. Emilio Castelar y D. Pedro Mata.

Esta primera serie de tan importante obra se vende á seis reales la edicion de lujo, y á cuatro reales la económica, en la Administracion, Plaza de Matute, 2.—Los mismos precios en provincias.

Cuentos de salon.—Van publicados ocho tomos, á cuatro reales cada uno en Madrid y cinco en provincias.

El Barbero de París, novela de Paul de Kock. Un tomo, seis reales en Madrid y provincias.

Baraja geográfica para instruccion y recreo de los niños, por D. Francisco Lopez Fabra.—Doce reales en Madrid y en provincias; para los suscritores á **EL CASCABEL** ó á *Los Niños*, seis reales.

Los Niños, revista de instruccion y recreo, dirigida por D. Carlos Frontaura.—Van publicados cinco magníficos tomos con muchos grabados.—Veinticuatro reales en Madrid y treinta en provincias cada tomo.

MADRID:—1872

IMPRENTA DE **EL CASCABEL** Y COSAS DEL AÑO

Calle del Cid, número 4 (Recoletos).